



Manuela Muñoz Lago, 67 años.
Jorge Puértolas Marcén, 23 años.

El valor del cariño

Siempre se dice que lo más bonito es el amor de una madre, por está razón es muy duro sentir su ausencia pero la vida siempre te sorprende y en ocasiones es más bonito dar que recibir, este podría ser el resumen de la vida de una pequeña niña de nombre Manuela que vio la luz un 27 de septiembre de 1938 cuando el futuro de España empezaba a vislumbrarse en la batalla del Ebro. Nació en Madrid y sus primeros meses de vida coincidieron con el final de la resistencia republicana, pero la historia de esta niña no es una historia de guerra, es una historia de resistencia, de resistencia contra los maltratos y el abandono por parte de su madre.

Su infancia no fue fácil, ya antes de nacer el destino le jugó una mala pasada, no llegó a conocer a su padre, militar de profesión por el bando republicano, murió tres meses antes de su alumbramiento en la batalla de Seseña. Los dos primeros años de su vida estuvieron marcados por una gran inestabilidad, su madre vivía de la venta del estraperlo de tabaco y judías en la glorieta de la parada de metro Iglesia y en varias ocasiones acabó en la cárcel con la pequeña Manuela por realizar esta práctica ilegal.

Antes de que cumpliera los dos años de edad su madre ya había intentado dejarla con sus abuelos paternos en Valencia del Ventoso, provincia de Badajoz, pero su familia paterna no veía con buenos ojos a su madre. Sería finalmente Galicia su destino, más concretamente un pequeño pueblo de la provincia de Lugo llamado Chaos de donde procedía su madre y en el cual todavía vivía su abuela materna; el problema era que ésta no podía hacerse cargo casi ni de si misma. Finalmente fue una familia acomodada del pueblo la que se hizo cargo de Manuela mientras su abuela necesitaba pedir limosna merodeando por los pueblos para sobrevivir, razón por la cual no tuvo contacto con su nieta. Su madre se volvió a Madrid, por lo que la niña de apenas 2 años se quedó con una familia a la que no conocía, la familia estaba formada por 5 hijos a los que a partir de ese momento se sumo la pequeña, la diferencia de edad era notable, su hermano más pequeño, Toño, tenía 15 años cuando ella llegó.

Fueron unos años duros pero felices, marcados por multitud de recuerdos: la recogida de castañas en noviembre, las zapatillas de esparto, las faltas en el colegio por sacar a las vacas, las "tolas" o las serpientes que se bebían la leche de las vacas... Años en los que jugaba, trabajaba y aprendía artes perdidas en la actualidad, como la de transportar objetos en la cabeza, Manuela llevaba sobre ella la comida para aquellos que trabajaban en el campo.

Su destino parecía unido al de esta familia y más, tras la muerte de su abuela ya que su madre no hizo si quiera acto de presencia. Para la niña su única familia era aquella que la había criado, hasta que a los doce años, una noche de marzo en la que se encontraba jugando a las cartas con uno de sus hermanos, su madre apareció para llevársela. Manoli huyó a esconderse en un pesebre, tenía miedo de una mujer que decía ser su madre pero que ella desconocía por completo. Dos días después de la aparición de Dolores, que era el nombre de su madre biológica, emprendió, bañada en lágrimas, el viaje de vuelta a Madrid montada en una yegua "falsiña" (nombre que se le daba en Galicia a las yeguas salvajes) junto a su madre y su "padre gallego" que la acompañó hasta Sarriá donde cogieron el tren de vuelta. Era un cambio muy duro



para una niña de doce años, cambiaba a la familia donde se había criado y a la que había querido en su pueblecito de Lugo, por una señora a la que no conocía de nada para vivir en la capital de España.

Cuando llegó a Madrid no conseguía asimilar el cambio, para ella los coches era vacas y las calles, caminos. Lo que no sabía era que éste no iba a ser el único cambio en su vida, comenzaban dos años de malos tratos por parte de su madre. Para Manoli su madre nunca le perdonó que no la quisiera y recordase con tanto cariño a su "familia" gallega. Comenzaron tiempos marcados por golpes, brechas y quemaduras de hierros al rojo vivo en su espalda. Un día, cansada de los abusos, decidió acabar con este sufrimiento y tras realizar su trabajo el cual consistía en vender el pan duro en la calle Vicente Ferrer, por la zona de Tribunal, cogió el metro hasta Iglesia donde una señora que se había hecho cargo de ella en varias ocasiones le dio cobijo pero tras ver las marcas de la niña la llevó a comisaría. Su madre pasó en la cárcel 3 años y un día por sus delitos. Mientras, Manoli recobraba la sonrisa tras ser enviada a un colegio de monjas capuchinas en Canillejas. Allí volvió a ser la niña revoltosa que tenía derecho a ser. Sólo un hecho empañó este periodo y fue cuando tuvo que ser ingresada en el sanatorio durante seis meses a causa de la sola ingestión de agua con vinagre para adelgazar, su complejo de obesidad la llevó a pasar de 79 a 57 kilos.

Desde los 14 a los 18, la ya por entonces jovencita, vivió en este colegio donde encadenaba travesuras que le costaban pequeños castigos por parte de las religiosas, como las escapadas del internado descolgándose por la ventana mediante sabanas atadas a una silla donde una de sus compañeras se sentaba. A los 18 la trasladaron a otra residencia en Núñez de Balboa gestionada por la misma orden, allí gozaban de una mayor libertad acorde con su edad, sin embargo las monjas les prohibían terminantemente ver películas de Sofia Loren pero esto no era otra cosa sino un aliciente para acudir al cine para ver a la por entonces mujer de Carlo Ponti.

Se caso a los 21, un matrimonio que duró 16 años, pero ni casada dejó de atormentarla su madre, continuos reclamos hacia ella o hacia su marido fueron la constante de su matrimonio. Su madre era de esas personas que muestran afecto por las personas "de fuera" mientras que por sus allegados se comportaba de una manera arisca y distante, no sólo ella sufría su fuerte carácter también la segunda pareja de su madre padeció sus prontos agresivos.

Durante todos estos años el hermetismo de su madre y el miedo de la joven hicieron imposible cualquier tipo de contacto con los miembros de su familia o su otra "familia" gallega. Con el nacimiento de sus hijos se abrió una ventana en su vida que desde entonces supuso ese apoyo que le había faltado por parte de su madre.

Pese a que ni olvidó ni perdonó, Manuela no es una mujer rencorosa, su madre murió hace poco más de un año bajo las atenciones de esa hija a la que intentó someter a su voluntad. No dejó nada en herencia y su piso lo vendió a un precio ridículo, pero que supone esto ante el amor de tres hijos que la cuidan y la miman, ese es el mejor tesoro con el que cuenta esa "pequeña niña revoltosa", toda una lección de vida.

Lo importante de la vida

Podríamos pensar que una mujer marcada por los maltratos de su madre y una dura infancia llena de fuertes cambios sería una mujer con cierto aire melancólico o conformista, pero todo lo contrario, Manuela es una mujer ante todo alegre, que



conserva ese punto revoltoso que tenemos todos de jóvenes. Ella misma se define como independiente, sociable, habladora y muy familiar. Le encanta viajar y el mar, de hecho le encantaría ir a Australia, pero como ella misma dice "Madrid es mi alma".

Ha trabajado mucho en su vida y ahorra, con la intención de no tener que mirar el monedero cuando decide gastar, para ella "el dinero no hace la felicidad".

Lo más importante en su vida son sus hijos y sus nietos, desde joven supo que necesitaba tener hijos, ha vivido y trabajado para ellos, es muy bonito como ha sabido transformar la falta de cariño de su madre, en amor hacia sus hijos. El trabajo ha sido otro de sus pilares en su vida, muy importante para una mujer independiente como ella.

Su vida ha estado marcada por el miedo hacia su madre, sobre todo por su fobia hacia los escándalos públicos que en multitud de ocasiones su madre generaba. Pero hoy por hoy se declara una mujer feliz y decidida.

Cabe destacar un aspecto de su personalidad, Manuela sabe mirar al pasado con una sonrisa pese a sus sufrimientos, quizá ni olvide ni perdona pero sabe pasar página y aprovechar sus vivencias para volcar todo su amor hacia su familia. Además es una mujer cargada de ilusión que mira el día a día con la felicidad de una niña de cinco años, se podría decir que su objetivo primordial es disfrutar la vida.

Tras los diversos encuentros que he mantenido con ella me ha demostrado que los 67 es una edad ideal para hacer cualquier cosa, como los 20, los 30 o los 40,... sólo se necesita conservar ese espíritu juvenil, que no depende de la edad biológica. Creo que es muy útil que personas jóvenes como yo nos paremos a escuchar a personas como ella, no sólo por las historias que tienen que contarnos si no para sentir sus ganas de vivir. Como titulaba su película Roberto Benigni "La vida es bella".